

miembro poderoso del imperio alemán, y el otro, el rey de Suecia, era también uno de los más poderosos príncipes del imperio que como tal y como rey de Suecia estaba vivamente interesado en la cuestión.

El otro suceso fue que el gobierno de Viena se había decidido por fin a seguir una nueva política en la cuestión polaca. El incansable Lisola había llegado de Polonia a Viena en los últimos días de vida del emperador Fernando III, y a sus instancias enérgicas se debió en gran parte que el gobierno de Viena se decidiera a ponerse seriamente del lado de la Polonia contra la Suecia y Rakoczy. El 27 de mayo de 1657 fue firmada en Viena la alianza austro-polaca (1); un ejército de 12.000 hombres debía entrar inmediatamente en Polonia, ocupar Cracovia y Posen como plazas de armas durante la guerra, y tocante a los gastos, tuvo buen cuidado el gobierno de Viena de asegurarse por un convenio especial las rentas de las salinas de Bochnia y Wielicka, con esperanzas ocultas en el fondo de colocar en el trono de Polonia más adelante a un Habsburgo. Algunas semanas después, a mediados de julio, un ejército austriaco a las órdenes del general conde de Hatzfeld penetró desde la Silesia alta en Polonia, rechazando fácilmente las turbas de Rakoczy, y puso sitio a Cracovia, donde a fines de agosto tuvo que capitular el general Wurtz que tanto tiempo había defendido la ciudad contra los polacos. Con esto perdieron los suecos el último punto de apoyo en la Polonia alta.

Antes que los austriacos se había presentado otro enemigo contra Carlos Gustavo. Este era el rey Federico de Dinamarca, que desde el principio de la guerra había expiado el momento favorable para resarcirse de las pérdidas de otras guerras anteriores y desgraciadas contra el enemigo hereditario de la Dinamarca. Entonces se reunía todo para dar esperanzas de buen éxito al rey Federico: la situación angustiosa del rey de Suecia en Polonia, la inmediata intervención armada de Austria en la guerra polaca, la esperanza del energético auxilio de los holandeses; todo parecía prometer el resultado más favorable. En mayo de 1657 fue declarada la guerra a la Suecia, partiendo inmediatamente después la escuadra danesa, mientras un ejército penetró en el ducado de Bremen y otra escuadra partiendo de Schonen y otra tercera de Noruega emprendieron el ataque contra la Suecia.

Carlos, viéndose súbitamente atacado por dos nuevos adversarios, uno en Polonia y otro en su propio reino, no tardó en tomar una decisión. Al parecer tuvo pasajeramente la idea de arrojar sobre los austriacos y seguir el consejo de Mazarino de llevar la guerra a Silesia y a los Estados hereditarios de la casa de Austria; pero por lo pronto aprovechó de la ocasión de hacer frente a la Dinamarca para salir de tantas luchas estériles en Polonia, según escribió entonces: «Nada se puede hacer, decía, contra estos bárbaros a pesar de todas sus derrotas.» La adquisición de la Prusia occidental, que hasta entonces había sido el punto principal de su programa, le pareció cada día más problemática, y hasta pensó en ceder su pretensión al elector de Brandeburgo, acaso en cambio de la cesión de la Pomerania oriental; cambio muy ventajoso para Carlos Gustavo, mas para el elector poco halagüeño. En fin, su opinión era, según él mismo escribió, salir de los asuntos de Polonia «suciediera lo que sucediese (2).»

En cambio prometía ventajas decisivas la guerra contra Dinamarca, cuya debilidad interior constaba perfectamente al rey de Suecia, porque había sucumbido ya varias veces

(1) Dumont: *Corps. univ. diplom.*, tomo VI, pág. 179; Pribram, página 281.

(2) Carlson: *Historia de Suecia*, tomo IV, págs. 239 y 244.

ante las armas suecas. Aquella era para la Suecia una ocasión de reconquistar sus fronteras naturales; las provincias meridionales y marítimas de la península sueca, Schonen, Blekingen y Halland, se hallaban en poder de Dinamarca; su adquisición se presentó inmediatamente al espíritu de Carlos Gustavo; y acaso eran más importantes estas costas del estrecho que las costas prusianas (3). Al mismo tiempo se trataba de proteger el territorio sueco y las nuevas posesiones en Alemania, sobre todo el ducado de Bremen, que los dinamarqueses acababan de atacar y en el cual faltaba mucho para que el dominio sueco estuviese arraigado. Era indispensable acudir allí, pues que de otra manera sería incalculable el daño que pudiera sobrevenir.

Con sobrada razón se determinó, pues, Carlos Gustavo a abandonar el teatro de la guerra en Polonia y hacer frente desde luego a su adversario dinamarqués; y lejos de sentirse humillado por su retirada forzosa de Polonia, arrojóse en la nueva guerra lleno de proyectos soberbios. Creyó poder vencer muy pronto al nuevo adversario, por lo cual envió a decir a su aliado el elector que dentro de pocos meses pensaba regresar a la Prusia y arreglar allí los asuntos pendientes, ya fuera con las armas, ya pacíficamente; y como siempre estaba ante su imaginación la gran lucha final contra la casa de Austria, presentó al brandeburgués, en caso de que tomara parte en la futura alianza contra la casa de Habsburgo, la perspectiva de las tan ambicionadas adquisiciones en la cuenca del Rin y de la Silesia (4). Esta lucha contra el Austria aseguraba al rey de Suecia el auxilio enérgico de Mazarino y de Cromwell.

En mayo y junio el rey de Suecia concentró sus tropas junto al Vístula, destinando una parte, a las órdenes de su hermano el conde palatino Adolfo Juan, para tener ocupadas la Prusia y las fortalezas que allí poseía, y con la otra parte de tropa veterana sueca, entre la cual no había ninguno que no se hubiese encontrado en treinta grandes acciones, como escribió uno de sus oficiales, pero que había quedado reducida a unos pocos miles de hombres, marchó a Dinamarca.

En los últimos días de junio recibió la noticia de haber abierto los dinamarqueses las hostilidades; en seguida se puso en marcha a la cabeza de sus tropas hacia la Pomerania, y a fines de julio se hallaba a orillas del Elba a punto de invadir el Holstein, habiendo perdido algunos centenares de caballos en el camino, por efecto de las marchas forzadas. Jamás volvió ni a Prusia ni a Polonia, y en adelante le veremos guerrear en otras partes.

El alejamiento de Carlos Gustavo del teatro de la guerra abierta por él dos años antes tuvo un efecto decisivo sobre la situación de su aliado, el elector, el cual desde mucho antes había dado a conocer claramente a amigos y adversarios que su objeto político era el restablecimiento de sus relaciones pacíficas con la Polonia, si bien en unión con su aliado de Marienburgo y Labiau, y si posible fuese, prescindiendo de todos los proyectos de partición y de conquista. En este sentido, sobre todo desde su tratado de Labiau y el reconocimiento de su soberanía de parte de la Suecia, había negociado con la misma Suecia, con la Polonia y con las potencias mediadoras, declarando sin embargo en todas estas negociaciones, que de ninguna manera pensaba en volver a su antigua posición de feudatario de Polonia, debiendo ser el reconocimiento de su soberanía por la Polonia la condición ineludible y principal. Siguió estas negociaciones el

(3) Halland había sido cedida a la Suecia en la paz de Bromsebró en 1645, pero solo por treinta años.

(4) Carlson, tomo IV, pág. 244.

elector, ya de acuerdo con su aliado sueco, ya particularmente, pues que jamás había sido la alianza entre los dos príncipes enteramente sincera, ni había estado basada sobre una completa y mutua confianza; cada uno tenía siempre sus reservas y planes particulares, tanto que en caso de conveniencia ninguno de los dos hubiera tenido escrúpulo en mirar por sus ventajas propias sin consideración al otro. Si ninguno de los dos había procedido así, fue porque no se le había presentado la ocasión de proceder de otra manera. Mas a la sazón había llegado este caso.

Carlos Gustavo, escuchando solo su interés particular, emprendió la guerra contra la Dinamarca dejando a su aliado solo con algunos restos de un ejército, reducido ya, con la esperanza dudosa de su pronto regreso y con algunas ilusiones para el porvenir. Por su parte el elector no había tenido escrúpulo de meditar ya antes el pro y el contra de una inteligencia separada con la Polonia, objeto que entonces se presentó ante su imaginación con mayor urgencia. La entrada de Austria y de Dinamarca en la lucha daba a la guerra dimensiones que excedían con mucho de las que habían su puesto el rey de Suecia y el elector cuando firmaron el tratado de Labiau, y si Carlos Gustavo había decidido dejar la Prusia y dirigirse contra la Dinamarca sin haber consultado al elector, éste tenía también el derecho de adaptar sus resoluciones al cambio de circunstancias. Las tropas que el rey de Suecia había dejado en el país apenas eran suficientes para sostenerse en las plazas fuertes que tenían ocupadas; y habiendo entrado los austriacos en la lucha poniendo pronto fin a la invasión de Rakoczy, los polacos quedaban en situación de arrojarse con todas sus fuerzas sobre la Prusia. En estas circunstancias era deber del elector de Brandeburgo hacer frente a este nuevo ataque y jugarse el todo por el todo, mientras Carlos Gustavo recogía laureles en otra parte y quizás venciendo a Dinamarca conquistaba una posición poderosa en las regiones bálticas, que había de ser inaguantable para todos los Estados del Norte. El elector tenía indudablemente el derecho de velar por su propia seguridad y, si era posible, obtener al mismo tiempo alguna ventaja. Esto no quería decir que su deserción del partido sueco y su ingreso en el partido austro-polaco fuesen precisamente el camino de salvación; y si hubiese sido posible alcanzar el reconocimiento general de su soberanía en Prusia por medio de la neutralidad entre las partes beligerantes, acaso habría preferido este camino, porque si el rey de Suecia saliera victorioso de todas las complicaciones era tan de temer su venganza como la indignación del rey y del parlamento de Polonia. La situación era, pues, difícil para el elector, el cual necesitaba prever y considerar todas las contingencias posibles con perspicacia y circunspección. Hay situaciones políticas en las cuales la franca osadía es la palanca más eficaz para salir airoso, y el elector Federico Guillermo tuvo también ocasiones de mostrarse perito y acertado; pero en el caso en que a la sazón se hallaba hubo de valerse de otras artes, y es innegable que en las negociaciones que emprendió dió buenas pruebas de duplicidad y de conducta ambigua, bordeando astutamente entre los dos partidos sin entregarse completamente a ninguno, y ocultando sus verdaderas intenciones todo el tiempo que le fue posible. Esta conducta dió motivo después a tan violentas como justas quejas de Carlos Gustavo y de la prensa sueca, que condenaron la falacia astuta de la política brandeburguesa; pero tampoco puede negarse que todos los interesados emplearon sin escrúpulo las mismas artes. El elector de Brandeburgo tuvo en su favor el buen éxito, y si el éxito no justifica los medios, hay que confesar que el elevado propósito que persiguió era una necesidad política y patriótica.

No podemos entrar aquí en la exposición de los pormenores laberínticos de las negociaciones que condujeron a la reconciliación del elector con la Polonia y a su ruptura, disimulada todo el tiempo posible, con la Suecia (1). Inmediatamente después de la marcha de Carlos Gustavo envió Federico Guillermo a los jefes de su ejército la orden de suspender todas las hostilidades activas contra los polacos; y después de algunas semanas, en 22 de agosto de 1657 estipuló con Gousiewski, jefe del ejército polaco-lituano, en la frontera del ducado de Prusia un armisticio general (2).

La mayor dificultad estaba en las negociaciones propiamente políticas que se efectuaban en la corte del elector en Königsberg y en Wehlau, donde fue muy ardua la lucha hasta en los mismos consejos del elector, pues a las complicaciones naturales añadieron los diplomáticos extranjeros presentes cuantos trabajos, persuasiones e intrigas pudieron para influir en las resoluciones. El representante de Carlos Gustavo, conde de Schlippenbach, empleó toda su elocuencia y sus perspectivas pomposas, ya de palabra, ya por escrito, para convencer al elector y a sus consejeros de la necesidad de una unión estrecha y permanente con la Suecia, en lo cual le apoyaron con mucho afán los embajadores franceses; pues hubo tiempo en que nada menos que tres enviados de Mazarino estuvieron presentes en Königsberg, a saber: Avaugour, Terlon y Blondel: tanto importaba a la política francesa que el elector, al separarse de la Suecia, no se arrojava en los brazos del Austria y no se comprometiera con esta en la inmediata elección del emperador. Contra estos diplomáticos trabajaron los polacos y los elementos favorables a una reconciliación con Polonia, figurando como mediadores el obispo de Warmia y el lituano Gousiewski, como también su esposa, muy bienquista en la corte de Prusia, que había sido su refugio durante la guerra. La misma esposa del elector abogaba con decisión por la paz con Polonia, y en igual sentido trabajaba la hermana favorita de Federico Guillermo, la inteligente duquesa Luisa Carlota de Curlandia. La activa reina de Polonia Luisa María supo ganar a su partido a la madre del elector, que desde su residencia de Crossen dirigió a su hijo instancias a favor de la paz con Polonia. El mismo consejo dió desde el Haya la suegra del elector, la princesa Amalia de Orange; pero el que hizo el principal papel en este concepto fue Lisola, el embajador austriaco, que tan pronto como hubo conseguido la alianza austro-polaca del 27 de mayo, corrió a Königsberg para ocuparse en la importante conquista del elector de Brandeburgo. Hoy se conocen sus trabajos diplomáticos por sus propios relatos e informes, y a juzgar por estos, tuvo indudablemente la parte más esencial en el logro de la reconciliación. El reconocimiento de la soberanía fue desde el principio de las negociaciones la primera de las condiciones, y aunque costó mucho al orgullo polaco esta concesión, el rey Juan Casimiro comprendió que sería al fin y al cabo ineludible, y por lo mismo dió poder a Lisola en una instrucción secreta para ofrecer al elector en un caso extremo, si todos los demás medios resultasen insuficientes, la soberanía del ducado de Prusia como precio de la paz y alianza (3).

(1) Véase para esto *Documentos y actas*, tomo VIII, pág. 194, y otros tomos de la misma publicación, y por la parte de Polonia la historia de este país por Rudawski y además los informes de Lisola que justamente bajo este concepto son muy aclaratorios.

(2) A fin de engañar a los suecos sobre el alcance de este convenio se incluyó en él un pasaje calculado para dar a entender que este armisticio era puramente un convenio militar sin ninguna importancia política. Este pasaje fue anulado en otro documento secreto. *Doc. y actas*, tomo VIII, pág. 215.

(3) Esta instrucción secreta del mes de junio de 1657, cuya existencia se ignoraba hasta ahora, ha sido publicada por Pribram, pág. 283 y nota, sacándola del archivo de Viena.

El embajador austriaco estaba, pues, en disposición de pronunciar cuando le pareciese necesario la palabra decisiva. A pesar de esto duraron las negociaciones muchas semanas, procurando Lisola obtener la paz bajo condiciones más baratas; pero el elector se mostró inexorable tocante al punto principal, y cuando los contrarios del partido austro-polaco empezaron a ganar terreno, dió Lisola el golpe decisivo, primero, por supuesto, con muchas reservas, pero luego, viendo que eran inútiles, con la concesión clara y terminante. Con esto quedó vencedor el partido austro-polaco, siendo fácil el arreglo tocante á las demás condiciones; y á mediados de agosto estuvo redactado el texto del tratado. Sin embargo, á última hora recibió Lisola del rey de Polonia una nueva instrucción que casi anulaba la soberanía por medio de una multitud de cláusulas que la limitaban; y viendo que si comunicaba este cambio repentino exasperaría al brandeburgués y acaso le arrojaría á última hora en brazos de los contrarios, tuvo Lisola el arrojo de suprimir esta instrucción, y no habiéndose firmado todavía el tratado de paz y alianza escribió al rey que su orden había llegado demasiado tarde, que todo estaba ya arreglado conforme á la instrucción anterior y que ya no era posible modificación alguna. Así llegó á firmarse en 19 de setiembre de 1657 el tratado de Wehlau (1).

Por este tratado renunció el elector á todas las conquistas hechas ó intentadas en Polonia; restituyó el obispado de Warmia; desistió de toda pretensión sobre los cuatro vaivodazgos en la Gran Polonia y evacuó todas las plazas fuertes que ocupaba de esta comarca. En cambio quedó reconocido como soberano absoluto del ducado de Prusia, y solo en caso de extinguirse la descendencia masculina del elector, se reservó la corona de Polonia hacer valer de nuevo sus derechos de soberanía. Además quedó estipulado que entre el duque soberano de Prusia y la Polonia habría en adelante una alianza de amistad eterna, y ambas potencias se obligaron á auxiliarse en cada guerra venidera con un número de tropas determinado. Además para la guerra entonces existente se obligó el Brandeburgo á ponerse de parte de la Polonia con una fuerza por lo menos de seis mil hombres, comprometiéndose ambas potencias á auxiliarse mutuamente si dentro de los inmediatos diez años, acabada la guerra, fuese atacada cualquiera de ellas por la Suecia. Para indemnizar al elector del peligro á que le exponía el tratado y por el servicio que prestaría de esta manera á la corona de Polonia, ésta le concedía los distritos ó cantones de Lauenburg y Bütow, que en 1637 habían vuelto á caer en poder de la Polonia como feudos disponibles por la extinción de la antigua casa ducal de Pomerania. También se obligó la Polonia á indemnizar al elector de los gastos de guerra con 120,000 talers, pagaderos en tres anualidades, dejando en su poder hasta su completo pago por vía de garantía el gobierno ó starostia de Draheim (2). Finalmente, se cedió al elector como indemnización por el obispado de Warmia la ciudad de Elbing, entonces todavía en poder de los suecos, sacrificio que costó bastante á los polacos, principalmente por la oposición de la ciudad de Dantzig, por lo cual se estipuló en un documento separado que el rey de Polonia se reservaba el derecho de

(1) Este tratado de Wehlau fué completado en algunos puntos y repetido en los demás por el tratado de Bromberg del 6 de noviembre de 1657, que sirvió de ratificación al anterior. En lo que sigue damos el contenido principal de los dos documentos. Para los detalles véase Morner, pág. 220.

(2) Esta starostia se componía del palacio de Draheim, de la ciudad de Tempelburgo y de veinte aldeas, cuya toma de posesión no se efectuó hasta el año 1668 por dificultades eclesiásticas que pueden verse en Lehmann: *La Prusia y la Iglesia católica*, tomo I, pág. 110.

recuperar á Elbing en cambio de la suma de 400,000 talers (3).

Luego que fué firmado el tratado de Wehlau los dos príncipes tuvieron una entrevista en Bromberg, donde el rey Juan Casimiro tenía entonces su corte. En 30 de octubre llegó allí el elector con su esposa y permanecieron allí una semana, durante la cual se celebraron fiestas y se evacuaron negocios, habiendo cuestiones cuya solución causó todavía muy notables dificultades, especialmente la de las cesiones á que el elector quedaba obligado. Hasta el último instante se esforzaron los diplomáticos franceses en impedir el arreglo definitivo; mas todos sus esfuerzos fueron vanos, pues justamente su insolente insistencia para impedir todo arreglo, á fin de servir las miras de Francia en la cuestión de la elección del emperador, excitó el mayor disgusto en el ánimo del elector, conforme lo dió á entender en términos enérgicos á aquellos diplomáticos (4).

Hubo una aproximación amistosa entre las dos cortes tan íntima como lo permitían las circunstancias difíciles. La reina de Polonia Luisa María se hizo personalmente amiga de los príncipes brandeburgueses; y esta reina, de la familia de Gonzaga, que dominaba completamente á su esposo, fué entonces la que dirigía la política polaca (5). Tenía esta mujer el instinto político de las mujeres de la casa de Guisa, de la cual descendía por su madre; y todos, amigos y enemigos, convienen en que se le debió principalmente el mejoramiento de Polonia, después de los golpes terribles de los últimos años. Ella, que sabía de cuánto le era deudora la nación polaca, tuvo gran parte en el buen éxito de la reconciliación con el Brandeburgo, y en la corte de Bromberg fué ella principalmente la que supo hacer desaparecer cuantos obstáculos se opusieron á la inteligencia. El elector Federico Guillermo hizo plena justicia á su carácter inteligente y enérgico, diciendo con sonrisa que si ella quisiera pretender la corona imperial podía contar seguramente con el voto del Brandeburgo. No fué, pues, extraño que la entrevista de Bromberg diera origen á una correspondencia política que continuó durante muchos años y que constituye una de las fuentes más interesantes de la historia de la época inmediata (6).

Al cabo de una semana muy agitada fué firmado el tratado de Bromberg el 6 de noviembre, con toda solemnidad, por ambos soberanos y los senadores polacos presentes. Tres años habían pasado desde la presentación en el horizonte político de la nueva crisis del Norte, y ninguna de las potencias envueltas en este torbellino había sacado de ella ningún beneficio notable y sólido, excepto el Brandeburgo, cuyo elector, si no había logrado todo lo que esperaba, había obtenido una ventaja de un valor positivo, indudable. La Polonia apenas había salvado su existencia, y con gran trabajo se había librado del peligro de ser repartida entre las potencias vecinas. Ni la Suecia ni la Rusia podían considerar los territorios conquistados como posesión perfectamente asegu-

(3) Estas condiciones del tratado de paz no fueron realizadas; la ciudad de Elbing ni fué entregada al elector cuando la hubieron evacuado los suecos, ni recibió el elector la suma estipulada. Solo cuarenta años más tarde en 1648 tomó posesión de la ciudad el elector Federico III, en secreta inteligencia con el rey Augusto de Polonia en posesión de la ciudad, autorizándole el citado rey á efectuar la toma de posesión, ya por sorpresa, ya del mejor modo posible. Morner, págs. 638, 646 y 809.

(4) Lisola, su carta de Bromberg del día 9 de noviembre, página 329.

(5) Rudawski: *Historia de Polonia*, pág. 398.

(6) Pedro Desnoyers, secretario de la reina de Polonia, *Lettres*, página 355. Esta correspondencia antes ignorada abarca los años de 1657 hasta 1661 y se encuentra en *Documentos y actas*, tomo VIII, pág. 271 y siguientes.

rada; el czar continuaba sin puerto en el Báltico; el rey de Suecia, que había llenado el mundo con su fama, estaba todavía muy distante de ser dueño exclusivo del Báltico; el príncipe de Transilvania había desaparecido de la escena sin gloria; la Dinamarca sufrió de nuevo su antigua desgracia contra las armas victoriosas de los suecos, y el Austria, vacilante é indecisa, comprometida por la incertidumbre de la elección imperial, se hallaba á la expectativa de los sucesos.

El elector de Brandeburgo salió de la lucha soberano completamente legítimo y absoluto del ducado de Prusia por consentimiento solemne de la corona polaca. Figuraba en adelante entre los soberanos independientes, y como tal ocupó entre los príncipes electores de Alemania una posición tanto más distinguida, cuanto que su ducado independiente no formaba parte del imperio alemán.

Por un momento se pensó incorporar el ducado de Prusia al imperio, y no se ejecutó este pensamiento; por lo menos aquel vasto territorio, colonizado por alemanes, quedó completamente libre de los lazos que lo unían á la Polonia y á la sociedad eslava. El imperio alemán desde su decadencia perdió territorios, pero por lo menos quedó salvado para la raza alemana el ducado de Prusia.

### CAPITULO III

#### LA ELECCION DEL EMPERADOR Y LA LIGA DEL RHIN

Los tratados de paz de Wehlau y de Bromberg no significaron el fin de la crisis del Norte, sino el comienzo de nuevas luchas. La guerra entre Suecia y Dinamarca atrajo á su círculo nuevos intereses del centro y Oeste de Europa y amenazaba con transformarse en una guerra europea. Por lo pronto sintió directamente sus efectos el imperio alemán, cuyas fronteras no habían sido respetadas siempre hasta entonces, porque mientras se discutía en Wehlau la paz, el general polaco Czarnecki, ignorando quizás las negociaciones, había invadido la Neumark, asolando el país hasta muy adentro; pero como todas estas violaciones de territorio solo perjudicaban al elector de Brandeburgo y á los territorios alemanes pertenecientes á la corona de Suecia, el imperio alemán las había mirado con indiferencia, conservando su neutralidad y su actitud expectante. Esta situación cambió, y los potentados miembros del imperio, á lo menos los del Norte de Alemania, se vieron en inminente peligro cuando en el verano de 1657 el rey Federico de Dinamarca invadió los ducados de Bremen y Verden, y cuando algunas semanas después el rey Carlos Gustavo se presentó en aquel país y rechazó con su ejército á los dinamarqueses reconquistando aquellos territorios, exceptuando á Bremervorde. Esta era ya una guerra dentro de Alemania; los potentados vecinos, sobre todo los del círculo de la Sajonia baja, estaban en inminente peligro de verse envueltos en la guerra; y hallándose el Austria á punto de tomar parte en favor de Polonia, se hizo más precaria la neutralidad del imperio.

Paréciese que todas las potencias, tanto las más inmediatas como las más distantes, habían de verse comprometidas de una manera u otra en las cuestiones de los beligerantes del Norte. El rey Carlos Gustavo especialmente trabajó sin descanso, aunque con muy poco éxito, por captarse amistades; entabló con la Francia negociaciones de subsidios, y aunque Mazarino no pensaba en sacrificar completamente á la Dinamarca á la ambición del rey de Suecia, se mostró inclinado á dar á esta última potencia un considerable auxilio pecuniario, en vista de la probabilidad del deseado choque entre la Suecia y el Austria.

Mas que dinero hubiera deseado Carlos Gustavo el auxi-

lio enérgico de una fuerza marítima, pero ésta no era de esperar de los Países-Bajos, que eran amigos de la Holanda. Quedaba solamente la Inglaterra, y para hacérsela propicia tuvo entonces negociaciones con Cromwell, notabilísimas por la influencia que podrían haber ejercido en caso de resultar favorables para la Suecia en la situación de Alemania (1).

Antes de estallar la guerra con Dinamarca, en febrero de 1657, se dirigió Carlos Gustavo á Cromwell solicitando un empréstito algo crecido, en garantía del cual pidió el protector el ducado de Bremen. Cromwell mantuvo esta exigencia en todas las negociaciones posteriores, y por cierto no con la intención de negar el empréstito pidiendo una cosa imposible, sino porque convenía á la Inglaterra, y así lo entendió la diplomacia sueca, tener un pié en Alemania. Carlos Gustavo se negó tenazmente á la cesión del ducado de Bremen, cuya comarca consideraba indispensable como sitio de banderín de enganche; y cuando estalló la guerra con Dinamarca y se le hacían más indispensables el empréstito inglés y la consiguiente alianza con Inglaterra, propuso al protector apoderarse de la Frisia oriental ó del condado de Oldenburgo. Después le ofreció en cambio de un empréstito de 400,000 libras esterlinas á Buxtehude y el baluarte de Lehe, es decir, un puesto en el río Elba y otro en el río Vesper; pero Cromwell rechazó todos estos ofrecimientos como insuficientes, diciendo que solo podía conseguir de su parlamento que se interesara en una nueva empresa en el extranjero si ofrecía en cambio un beneficio que valiera la pena, como sería el ducado de Bremen, y aun se contentaría en un caso extremo con la cesión de Stade; pero de todos modos era preciso que su país ganara un punto militar fuerte en el continente, pues de otro modo no podía entrar en ninguna alianza ofensiva ni enviar tropas al nuevo teatro de la guerra.

Carlos Gustavo no se cansó de hacer nuevas tentativas y proposiciones, y en agosto de 1657 envió á Lóndres á su consejero Friesendorf con misión secreta y con un verdadero catálogo de proposiciones para atraerse al protector. Primero volvió á señalar el Oldenburgo para que Inglaterra se apoderara de este condado, ofreciendo además ceder su derecho de sucesión al condado de Delmenhorst, al cual dijo se podía agregar la Frisia oriental, pudiendo el protector ocupar además militarmente el obispado de Munster y otras partes del círculo de Westfalia. Si Cromwell deseara además una posición á propósito en el Báltico, le ofrecía el rey el baluarte de Weichselhaupt, cerca de Dantzig, y una parte de la Pomerelia (2). El rey de Suecia preferiría, decía la instrucción, que el protector en lugar de Oldenburgo y Delmenhorst quisiese participar de las conquistas que se hicieran á expensas de Dinamarca, en cuyo caso el embajador debía ofrecerle la Jutlandia septentrional exceptuando algunos cantones, pero con los puertos importantes cerca de Lister Diep, así como las islas vecinas de Sylt, List y Ronio, y la parte de Dishmarschen y Gluchstadt correspondiente al rey, en cuyo caso debía contentarse Inglaterra con este punto junto al Elba y renunciar á todo puerto junto al Vesper. Pero si Cromwell se empeñaba en tener un territorio junto á ambos ríos, y si no hubiese otro medio de decidirle á auxiliar de una manera positiva á la Suecia, la instrucción autorizaba al embajador á conformarse en último caso con la cesión de territorios en ambos ríos (3).

(1) Pufendorf: *Carlos Gustavo*, tomo IV, párrafo 79.

(2) Droysen dice en su *Historia de la política prusiana*, tomo III, pág. 250 (2.ª edición): «El rey de Suecia había ofrecido al protector también la Silesia, pero este ofrecimiento no se encuentra en las instrucciones de Friesendorf, y será probablemente un error.»

(3) Pufendorf, tomo IV, párrafo 82, da un extracto bastante exacto, pero sin fecha, de la instrucción de Friesendorf. En el texto hemos utilizado una copia ó traducción del original que se encuentra en el archi-